

Luis Droguett Alfaro

## Poesía de Luis Oyarzún



Luis Oyarzún ha sabido decantar su experiencia del mundo en una poética que se entronca con el pensamiento y el arte. En sutil disciplina, en un aprendizaje integral, ha ido, desde su primer libro de poemas en prosa (*Las murallas del sueño*, 1940) hasta el más reciente (*Ver*, 1952), descubriendo los rostros de la naturaleza y en un interrogarse permanente de su destino, el poeta hurga en el devenir, casi atisba la zona indivisible de los místicos, se deslumbra y se perturba ante la imposibilidad de *ver* en un acto único, trascendente. Pero la poesía de Luis Oyarzún ha nacido de un rapto de *amor* y de esta unión con el mundo las cosas se transfiguran a su entusiasmo lírico. En el devenir su poesía descubre la relación de los vasos comunicantes con sus venas invisibles en el espacio, esos vasos comunicantes entre las cosas y el hombre, el fluir de su magia, el inesperado brote de la poesía, de la unidad en la diversidad. Y en este afán de descubrir el misterio de las cosas, el *summum* de lo inerte, el fluir de lo mutable, el instante impreciso en que las cosas empiezan a dejar de ser, nace su arte poética, los elementos que la engendran. La necesidad de *ver* se le impone en su vida con esa lucidez mítica del ciego. ¡Ver! He ahí un programa y una poética. En este camino, Luis Oyarzún pareciera hacerse partícipe de las palabras de Pedro Prado en su amor de aprehender el mundo:

“Los hombres creen que ven; como divagan, estiman que piensan; y la inmensa mayoría de los hombres consume su existencia creyendo que vive. Y la vida real es tan otra cosa. Vivir es despertar a lo maravilloso” (“Juan Francisco González”, por Pedro Prado. Revista *Meditaciones*, mayo de 1933).

Este *despertar a lo maravilloso* se hace posible por el *amor*, por una entrega total a las cosas; en su hermosa nitidez, en su contorno sobrecogedor, el mundo hace que el poeta aspire por una visión trascendente, lo que está más allá de la realidad, ¿por qué no en lo hondo del sueño? La necesidad de *ver* se hace símbolo ya en su primer libro *Las murallas del sueño*. El sortilegio de lo insondable, de lo inasible encuentra en el mar su simbología: “El Mar. Esta existencia de las materias minerales, donde el ojo del hombre encuentra su alrededor absoluto”. ¿No constituye ese libro inicial clara expresión de su sed de ver? Es curioso que en ese libro *los ojos* tengan ya un valor simbólico: “El ansia del mar que se aleja en ojos sabios, el temor del mar dentro de su sueño, la poesía del mar”.

En su poema “Vacilación”, dice: “Crecen los ojos, tornándose recelosos. El mundo vecino no es el mismo... ¡Oh, amada, que vives en un color, donde naces. Surges desconocida y ausente. No existes siquiera. Una exaltación del ojo que imagina te hace surgir poderosa de fuga y poderoso de lágrimas”. Ese *ojo que imagina* hace posible el milagro; se transmutan los seres, la visión embelecce el mundo. Pero en estos elementos de su poética de *Las murallas del sueño* se atisba con precisión su arte de pensamiento: “Importa, sin embargo, este transcurso, este conocerse íntegramente... Lo que está cerca de los orígenes” (poema *Despedida*).

La visión del mundo le dicta una estética; la contemplación de la naturaleza, las estaciones, los días en su fluir incesante le traen un nuevo conocimiento. Los objetos embellecen el paisaje y el poeta adquiere clara conciencia del influje de estos objetos: “La geometría de algunos objetos personaliza de claro sueño el paisaje del parque. El día se llena de pequeños acontecimientos... En aquella estatua, en su contorno de orillas puras, las palabras humanas y los sentimientos

ardientes se van alejando, y en su imagen palpita una infancia del más allá. . .” (Poema *Declaración de Las murallas del sueño*).

Ahora bien, el *arte de ver* para Luis Oyarzún constituye la cima del pensar y sentir poéticos. Confluyen en él los elementos esenciales a toda trascendencia: descubrir las apariencias, penetrar las superficies, rodear amorosamente las cosas, verlas de diversas distancias, descubrir sus misterios, aprisionar sus formas. No escapan los seres a este amoroso acto y en su entrega se iluminan con intensidad.

Esta conciencia que tiene el poeta del *arte de ver*, sin lugar a dudas que la ha bebido en la filosofía de la vida y su recreación de Leonardo da Vinci. No es casualidad, ni menos un mero acto de delicadeza universitaria el que Luis Oyarzún se hiciera eco del 500.º aniversario del nacimiento del artista por antonomasia (1452-1952). En diciembre del 52 el poeta edita su libro de poemas *Ver* y en el mes de septiembre del 53 dicta en la Universidad una conferencia sobre Leonardo, publicada posteriormente.

El poeta ha deseado esta coincidencia, pues su arte se afina en mucho en la imposibilidad de que las palabras logren en su rica armonía el darnos noción clara del universo. Pareciera que la estética leonardesca rezumara en su poesía: “El ojo, ventana del alma, es la vía principal por donde el sentido común puede considerar sencilla y magníficamente las obras infinitas de la naturaleza”.

La supremacía que el mundo plástico alcanza en la filosofía del arte de Leonardo, encuentra en Luis Oyarzún a un enamorado por las imágenes pictóricas, por las formas que trascienden en la naturaleza. Los colores crean en su poesía un simil a través de la palabra que recrea el mundo del pintor. La poesía y la pintura en sentido superior se alían en la poética de Oyarzún y logran darnos una imagen de totalidad. Las referencias a color y forma ya se encuentran en su libro *Las murallas del sueños* “Ayúdame que necesito de ciertas cosas verdes, vencido y dominado, sin trabas para extender los brazos en dos fosforescencias azules. . . Hay violetas rojas que un día terminan por destruir la mano que las crea. . .” (Poema *El príncipe abandonado*). En otra parte, “Los colores pasan, transcurren en una evo-

lución de alas candentes, y los panoramas son recorridos llorando y riendo, arrodillándose en los bosquecillos, para experimentar la verde circulación de las hierbas" (*Canto a un poeta*).

Pero no es nuestro deseo atisbar aquí los elementos de una estilística en la obra del artista. Sólo nos lleva el deseo de constatar, de paso, el contrapunto entre lo poético puro y lo plástico en su poesía. Ahora, es el ojo y su facultad de visión el que pone al poeta en el doble papel de ser un contemplativo varón que interroga sobre su destino: "¿Quién soy sino unos ojos cansados de mirar esta carrera de los elementos que van más allá de todos los alcances de mi previsión?" (fragmento de *Vacío de Salvación en el Mar* del libro *Ver*). La visión que el poeta tiene de una rosa ("...desafiando a la muerte invernal sobre su frágil tallo dormido") está pródiga de belleza, aunque el poeta reflexiona sobre lo efímero y la idea de la muerte lo obsesiona. El viejo tema clásico de la rosa, símbolo de la mutabilidad esencial, logra en sus palabras modernidad y hondura.

El sólo *ver*, el ver de las apariencias, lo lleva a una meditación del transcurrir de las cosas: "¿Qué he de hacer sino entregarme a la ley de las cosas? Ser como ellas una luz pasajera" Pero en la magia de la luz, en su seno, Oyarzún atestigua las palabras de Leonardo. El mismo cita sus palabras: "Observa la luz y considera su belleza. Entrecierra los ojos y mírala. Lo que ves no estaba allí al principio, y lo que allí está, no está ya. ¿Quién es el que hace las cosas de nuevo si el hacedor muere continuamente?" (*Arte e imagen del mundo en Leonardo*, por Luis Oyarzún. Revista de "Filosofía", vol. II, Núm. 2, 1953).

La visión que el poeta tiene del mundo, esa noción de lo real a través de la "acuidad del juicio del ojo" no satisface su existencia. La necesidad de ver alcanza, entonces, esa zona metafísica, esa *trascendencia ascendente* de que nos habla Aldous Huxley. Aquí el poeta interroga: "¿Llegó a verse Narciso?"... ¿No puedes ver una cosa cualquiera hasta el extremo? En otra parte: "¡Ver! Una sola cosa vista, ver con visión perfecta este vaso de agua en la mesa de noche, romper el sarcófago y ser libre". Por ese mismo camino los pintores

metafísicos han construido un mundo por donde las apariencias fene-  
cen, pero donde lo esencial reina en gozo. La poesía de Luis Oyar-  
zún aspira a esa penetración esencial, a la intuición totalizadora de  
la visión leonardesca. Y en la poesía de este escritor chileno el mundo  
de las cosas está nimbado de esa magia de nítido contorno en contra-  
punto con una imprecisa y misteriosa atmósfera. El mundo de Leo-  
nardo ha encontrado en su poética a un intérprete que no escatima  
la lección del maestro. Como Pedro Prado, a propósito del pintor  
Juan Francisco González, Luis Oyarzún ha tenido un aprendizaje en  
este *arte de ver* en la filosofía del da Vinci.

En toda verdadera poética las cosas se alumbran desde adentro;  
descubrir el instante en que nos sobrecogen con su belleza constituye  
un acto de suprema conciencia. Ver y conocer, he ahí una síntesis. La  
sabiduría de este arte pareciera hacerse indispensable en una hora  
en que los artistas de las nuevas generaciones se debaten en una bús-  
queda signada por consignas o programas que sólo dejan en pie, a  
la aparente luz de una realidad aderezada de antemano, un cúmulo de  
apariencias. En la literatura y el arte de Chile, Luis Oyarzún no es,  
felizmente, la única excepción que no se deja seducir por ninguna  
Circe más o menos demagógica.

Para terminar, en la poesía de Luis Oyarzún se entrecruzan tam-  
bién diversas actitudes, permítasenos el término; esa ansia de ver que  
no es otra cosa que un íntimo deseo de sentirse unido a la creación,  
pareciera enraizarse a la filosofía de las madres, a los orígenes, el  
vertedero inicial del todo. Su entrega a los elementos, su poesía del  
viaje, los presentimientos, dudas y deseos que retornan en sus pala-  
bras, atestiguan esa aspiración a lo universal. El mar constituye uno  
de los elementos fundamentales de su simbología. Es el mar el que  
en su ansia de totalidad, en su sed de saber, lo cobija, lo restituye  
a su origen. Ya en su libro *Poemas en Prosa* (1943), dice:

“Penetro al mar y el mar me lleva y amo su movimiento más  
que el fuego. De mí nace la fuerza de la sal, su grato sabor se ali-  
menta de mi mano y el mundo entero que veo, coronado por alegres

centinelas, los pájaros, vivo en virtud de mi ardor personal: Yo lo sostengo”.

En *Ver*: “En medio del mar, perderse... Ser libre en la orfandad marina, como los peces de color que las olas levantan”... Esa afirmación de la identidad y ese deseo de perderla, según los fragmentos citados, ¿no es acaso el Escila y Caribdis de su mar-símbolo, madre, origen? Desde *Las murallas del sueño*, pasando por *Poemas en Prosa*, hasta *Ver*, esta tónica de su poética pareciera no desdecir su pasión del mar, amante y gestador de tantos desvelos líricos. Como en Valery. (*La mer la mer toujours recommencée*) Oyarzún medita en el fin o retorno de toda vida.

La poesía de Luis Oyarzún, a través de tres libros de una prosa poética cuyas virtudes literarias no escapan a la maestría del trazo, está signada por un sentimiento de pureza, de asombrado contemplar del mundo y en un ansioso hurgar del conocimiento último, fin y desvelo de toda verdadera sabiduría del arte y la vida.